

RAFAEL AZCONA, MANUEL HIDALGO,
JORGE BERLANGA Y LUIS G. BERLANGA

¡Viva Rusia!

Con un prólogo de MANUEL HIDALGO
y un epílogo de AGUILAR Y CABRERIZO

ÍNDICE

De Nacional IV
a ¡Viva Rusia!
por Manuel Hidalgo, 7

¡Viva Rusia!, 15

¡Viva, pues!
Cuatro episodios nacionales
berlanguianos, que no tres
por Aguilar y Cabrerizo, 133

De *Nacional IV* a ¡*Viva Rusia!*!

por MANUEL HIDALGO

CONTARÉ AQUÍ LO QUE CONOZCO, como autor de la versión final del guion, del proceso creativo de *¡Viva Rusia!*, película que habría de sumarse, pero no se sumó, a la llamada «Trilogía Nacional» de Luis García Berlanga y su guionista Rafael Azcona.

El éxito conjunto de *La escopeta nacional* (1978), *Patrimonio nacional* (1980) y *Nacional III* (1982) hizo que el productor Andrés Vicente Gómez —el más destacado de la época— se interesara en producir una nueva entrega de la saga y contratara a tal efecto a Berlanga y Azcona, probablemente en algún momento del año 1990.

Dados el revelador y relevante triunfo personal y la eficacia cómica ante el público del actor Luis Escobar en las tres películas anteriores, se pensó que, sin que se perdiera el carácter coral propio de las películas del tándem, su personaje, el marqués de Leguineche, adquiriera más protagonismo en la nueva entrega de las disparatadas peripecias de la aristocrática y declinante familia.

Bajo esta premisa escribieron y terminaron su guion Azcona y Berlanga, pero el 16 de febrero de 1991 Luis Escobar falleció inesperadamente en su casa de Madrid mientras rodaba *Fuera de juego* (1991) a las órdenes de Fernando Fernán Gómez.

A la lógica consternación personal se añadió el revés profesional de tener que modificar contundentemente el guion de una película que acababa de perder a su protagonista. En ningún momento se planteó que otro actor interpretara al marqués.

Para entonces, las largas, amistosas y fértiles relaciones entre Azcona y Berlanga, desde la segunda mitad de los años cincuenta, habían sufrido un desgaste que se manifestó claramente y con tensiones durante la escritura y el posterior fracaso de *Moros y cristianos* (1987).

Nunca he sabido si Azcona, muerto Luis Escobar, se avino a introducir con Berlanga cambios en el guion. Con el acuerdo del productor, las necesarias reformas fueron abordadas con la concurrencia del escritor y guionista Jorge Berlanga, hijo del director.

Llegados aquí, he de decir que la mayoría de las versiones publicadas sobre la continuación que tuvo el proyecto son inexactas o falsas, en parte debido al proverbial despiste del propio Berlanga, quien no siempre explicó las cosas conforme sucedieron, y porque no siempre fue bien interpretado en sus declaraciones posteriores.

Algún día —no puedo precisar la fecha exacta— del año 1991, recibí una llamada de Andrés Vicente Gómez para, con el apoyo de Luis y Jorge Berlanga, incorporarme a la escritura del guion.

Con Gómez, amén de por mi trayectoria como crítico y autor de libros de cine, tenía una relación estrecha desde que él adquiriera los derechos de mi primera novela, *El pecador impecable* (1986), que produjo al año siguiente con dirección de Augusto M. Torres. Además, y en el arranque de tres colaboraciones —más otros guiones que no llegaron a rodarse—, acababa de escribir para él la versión final del libreto de *Una mujer bajo la lluvia* (1992), de Gerardo Vera.

Rafael Azcona, que hasta entonces no gustaba de adaptar novelas ajenas, fue el autor de la libérrima versión de *El pecador impecable*, y con tal motivo iniciamos una tenue relación amistosa que, con los años, se intensificó hasta su muerte. Azcona y yo, en nuestras muy largas conversaciones de restaurante y paseo, no

hablamos nunca —ni antes, ni durante, ni después— de nuestra participación en el guion de *¡Viva Rusia!*

Luis G. Berlanga y yo manteníamos una relación frecuente primero, e intermitente después, desde 1978, cuando, con Juan Hernández Les, iniciamos las numerosas charlas que desembocaron en nuestro libro *El último austrohúngaro. Conversaciones con Berlanga* (Anagrama, 1981/Alianza, 2020). Con Jorge Berlanga tenía amistad desde las reuniones en el chalé familiar de Somosaguas —comidas, piscina, naranjas— durante la escritura del libro, incrementadas más tarde cuando lo incorporé como colaborador a *Fotogramas*, la revista (entonces semanal) de la que yo era redactor-jefe.

Supongo que estas son las premisas que me llevaron a una reunión con Luis Berlanga y Andrés Vicente Gómez en el despacho de la productora, en la calle Velázquez, seguramente antes del verano de 1991.

Ese día me propusieron participar en la escritura de la película y me entregaron una versión del guion —que conservo— de 163 folios en una carpetilla de plástico. Luis, Jorge y Andrés estaban de acuerdo en que esa versión —que ya empezaba por el regreso a España de Luis José (José Luis López Vázquez) para el funeral y entierro de su padre (el marqués de Leguineche)— necesitaba una reforma en profundidad, solo fuera por su desmesurada extensión.

No me dieron, que yo recuerde, ninguna otra indicación. Pedí trabajar en solitario —me parecía lo más práctico para no dilatar el proceso— y, lógicamente, poner en común mi trabajo y abordar su reforma una vez acabado. Se aceptó mi propuesta. Mantuve después dos reuniones por separado: una, con Luis, en la cafetería del Hotel Suecia, y otra, con Jorge, en el restaurante Alcalde de Madrid. El objetivo era que, antes de ponerme a escribir, ellos pudieran darme las recomendaciones que consideraran oportunas.

Semanas después, presenté una versión del guion de 123 folios —conservo, en total, cinco manuscritos—, que, con buen criterio,

y pese a tener 40 páginas menos, siguió considerándose todavía demasiado extensa.

Esta versión ya no se titulaba, como el manuscrito que había recibido, *Nacional IV* —título que encontraba perezoso y feo, aunque conectaba comercialmente con las anteriores películas—, sino, por vez primera y definitiva, *¡Viva Rusia!*

Puse el título de *¡Viva Rusia!* porque me pareció doblemente atractivo para recoger tanto las muchas alusiones contenidas en el guion al desmoronamiento de la Unión Soviética —genial alusión de Azcona y Berlanga, pues se estaba produciendo en esos momentos— como a las aspiraciones al trono de Rusia de los esperpénticos y presuntos descendientes zaristas de los Romanov que, como el lector de este libro comprobará, aterrizan en la antigua finca de los Leguineche, presuntos, a su vez, parientes suyos.

Igualmente, me divertía hacer una broma en principio privada no solo sobre la participación juvenil de Berlanga en la División Azul, sino también sobre la de Luis Ciges (intérprete de Segundo, el pintoresco mayordomo de los Leguineche), explícitamente aludida en el guion. También me parecía *¡Viva Rusia!* un título digamos que positivamente desconcertante y tal vez provocador por sus antecedentes durante la II República.

En cualquier caso, era *¡Viva Rusia!* un título acorde con el argumento y la trama de la película que teníamos entre manos. Tras debatir brevemente sus pros y sus contras fue aceptado sin problemas, aunque, en una copia del manuscrito de las 123 páginas, Berlanga anotó a lápiz encima como posible título *El rey de Rusia*, que no prosperó.

Ese primer manuscrito de *¡Viva Rusia!* lleva, casi en cada página, tachones, añadidos, cambios e, incluso, notas escritas a lápiz o a bolígrafo por Luis Berlanga. Con estas correcciones a debatir y siempre con la necesidad de seguir cortando, Berlanga y yo tuvimos varias reuniones siempre en la antigua cafetería del Hotel Suecia. Hablábamos, fabulábamos, concluíamos —en la medida

¡Viva Rusia!

Guion original de
RAFAEL AZCONA, MANUEL HIDALGO,
JORGE BERLANGA Y LUIS G. BERLANGA

I.- AEROPUERTO DE BARAJAS. PISTA. EXT. DÍA

Aterrizo un avión.

Luis José baja por la escalerilla, vestido con traje blanco y camisa oscura abierta de solapas. Lleva un brazalete negro y gafas de sol. Luce también un peluquín rubio. De pronto parece recordar algo y vuelve a subir la escalera a contracorriente de los pasajeros, en su mayoría ancianos que despliegan una pancarta que dice: «LOS ÚLTIMOS EXILIADOS SALUDAMOS A LA ESPAÑA DEL 92». A uno lo bajan en camilla, más muerto que vivo, agitando débilmente una banderita republicana.

I. B.- INTERIOR DEL AVIÓN

Las azafatas y el sobrecargo están mirando con curiosidad unas revistas sadomasoquistas. Luis José las coge, poniendo cara de circunstancia.

I. C.- PISTA DE ATERRIZAJE

Cuando Luis José sale del avión, ve cómo se aleja el autobús que lleva a la terminal. Lo acaban llevando en un carrito de servicio de pista.

2.- AEROPUERTO. CONTROL DE PASAPORTES. INT. DÍA

Luis José llega tarde, apurado y sudoroso. Se han ido todos los pasajeros. Solo queda el moribundo, moviendo su banderita.

Dos guardias lo observan sin saber qué hacer con él.

GUARDIA 1: ¿Lo detenemos?

GUARDIA 2: Bah, para lo que le queda...

Un policía toma el pasaporte de Luis José.

LUIS JOSÉ: *(Exhibiendo un papel)* No llevo equipaje... Extraviado. Aquí tengo la hoja de reclamación.

El policía mira la foto del pasaporte, de un hombre calvo, con aspecto diferente al que tiene enfrente. Luis José opta por quitarse las gafas y sonreír intentando ser simpático.

LUIS JOSÉ: Bueno, he cambiado algo de aspecto... *(Se levanta la peluca)*

El policía echa mano de un volumen de hojas mecanografiadas. Mientras lo consulta levanta la mirada varias veces, hasta que finalmente encuentra algo en su libro que le hace emitir un agorero...

POLICÍA: ¡Huy-huy-huy, huy-huy-huy...!

Cambio de expresión en el rostro de Luis José, que pregunta:

LUIS JOSÉ: ¿No..., no está en regla?

POLICÍA: *(Mirando el libro)* ¿Luis José Leguineche...?

LUIS JOSÉ: Mar-qués, marqués de Leguineche. *(Se señala el brazalete)* Mi padre... *(Hace un puchero)* Una desgracia. Se nos ha ido para siempre. ¿No ha salido la esquila en el ABC?

POLICÍA: *(Seco)* Yo solo leo *El País*. Pase y espere ahí.

LUIS JOSÉ: *(Asustado)* Oiga, que yo voté la Constitución y...

POLICÍA: *(Señalando al agonizante)* ¿Es suyo?

LUIS JOSÉ: No, no... Este venía cantando el himno de Riego. *(Pelota)* Nosotros, todos, fieles a la Corona...

3.- AEROPUERTO. SALA DE LLEGADAS. INT. DÍA

Segundo, rústico criado, estira el cuello tratando de asomarse a la vacía sala de recogida de equipajes.

Tiene detrás al grupo de ancianos exiliados, que posan con la pancarta ante un fotógrafo. Segundo se acerca a ellos justo cuando el fotógrafo, enfocando el objetivo, da sus órdenes.

FOTÓGRAFO: A ver, sonrían todos, por favor.

Segundo sonríe, posando junto al grupo de ancianos. En ese momento sale por el fondo Luis José, esposado y en compañía de dos policías.

LUIS JOSÉ: ¡Segundoooo!

SEGUNDO: ¡Coño, Luis José!

Sale corriendo hacia él. Lo abraza y lo empieza a cubrir de besos. Los policías se miran como diciendo: «Vaya par de bujarrones».

LUIS JOSÉ: No me beses, Segundo, que me guarreas.

SEGUNDO: Hombre, yo, como vienes del extranjero, y allí se estila...

LUIS JOSÉ: *(Llorando para los polis)* Qué desgracia, qué desgracia...

POLICÍA: *(Sin inmutarse)* Ya está bien, vamos.

LUIS JOSÉ: Por favor, un respeto hacia el duelo de una familia...

SEGUNDO: Coño, pero si va esposao...

POLICÍA: ¿Y este quién es?

SEGUNDO: Segundo Expósito. Valé de chambre.

Luis José le da el tique de reclamación.

LUIS JOSÉ: Toma, a ver si recuperas mis maletas.

El policía se lo quita.

POLICÍA: Esto queda confiscado.

SEGUNDO: ¿Pero qué has hecho?

LUIS JOSÉ: Nada, nada. Error policial. Como no sea por mi pasado antifranquista. Lo del contubernio de Múnich...

POLICÍA 2: *(Arrastrándolo)* Eso lo dirá el juez. Vámonos.

LUIS JOSÉ: Sin violencias, sin violencias... Hay que ver, con mi padre de cuerpo presente... *(A Segundo)* Búscame un abogado.

SEGUNDO: ¿Aviso a Cerrillo?

LUIS JOSÉ: *(Arrastrado definitivamente)* ¡No, no, Cerrillo, noooo!

4.- MAUSOLEO. EXPLANADA. EXT. DÍA

El Padre Calvo, vestido con hábitos de oficiar, da órdenes con un bastón a unos cuantos aristócratas viejecitos que intentan bajar el féretro del marqués del coche fúnebre.

PADRE CALVO: Más brío, señores, que no se diga... Señor conde, atento al flanco derecho... Una, dos y arriba...

El cortejo apenas puede sostener la caja. Los porteadores se balancean de un lado a otro.

PADRE CALVO: ¡La madre que los parió!... Que ya no se pueda hacer un entierro como Dios manda... ¡Viti, ve a echar una mano!

VITI: *(Madura ama de llaves, vestida de luto, con peineta y velo oscuro)*
Que no, que me da un no sé qué... Que me ha dicho el médico que no me esfuerce, que tengo un mal por aquí por los entresijos...

¡Viva, pues!

*Cuatro episodios nacionales
berlanguianos,
que no tres*

por AGUILAR Y CABRERIZO

EN SU RESEÑA DE *Patrimonio nacional* (1981) para la revista *Nuevo Fotogramas*,¹ José Luis Guarner manifestaba la intuición de que *La escopeta nacional* (1978) «no era sino el piloto de una serie para RTVE, que se titularía *Nuevos episodios nacionales*, cuyo primer capítulo podría ser, por ejemplo, *Un día en la vida de López Carrión, ministro*». Ahí, en esa tradición galdosiana y no sin razón, entroncaba el crítico las aventuras y desventuras seriadas de la familia del marqués de Leguineche; una saga que, sabido es, adoptará el formato de trilogía, aunque como apuntaba Guarner bien podría haberse ramificado aún más para seguir reflejando a través de las correrías de los Leguineche las múltiples historias de esa España convulsa que salía de la dictadura e iba encajando, más a garrotazos que a fuerza de diálogo, en las reglas del juego de la democracia. Ramificaciones que Berlanga y Azcona intuyeron e incluso

1 José Luis Guarner: «Retrato de grupo con marqués», en *Nuevo Fotogramas*, núm. 1654, 22 de abril de 1981.

llegaron a abocetar, pero que terminarían descartando como meras ocurrencias de café, en concreto de uno de la calle Goya donde solían reunirse en aquellos años para trabajar y sobre todo ver a la gente pasar, que era lo que en realidad les divertía.

La serie no tendrá continuidad más allá de su tercera entrega, por mucho que estuviera cerca de desbordarla: a un guion con el título *Nacional IV*, que no pudo llevarse a cabo por el inesperado fallecimiento de Luis Escobar, le sucedería este *¡Viva Rusia!* que acabas de leer, estimada leedora, querido lector, y de cuyas circunstancias y avatares de proyecto nunca materializado ya nos ha dado noticia en las páginas preliminares uno de sus artífices, Manuel Hidalgo. Guion destinado a ocupar un lugar preeminente en la *summa berlanguiana* por marcar el final de su larga colaboración con Rafael Azcona, responsable de haber dado cuerpo a eso que la Academia de la Lengua ha denominado recientemente como «berlanguiano», y con suficiente entidad como para ser elegido por el propio director para depositarlo en la caja 1034 de la cámara acorazada del Instituto Cervantes con instrucciones de que no fuera abierta hasta el mismo día de su centenario. Pero en fin, no nos atropellemos, que tenemos por delante varios puntos en los que conviene detenerse para una comprensión cabal del asunto, por lo que remontémonos al origen de todo, a aquella España de mediados de los setenta en la que, tras una larga espera, el presidente del Gobierno Carlos Arias Navarro se asomaba a los televisores para anunciar compungido que Franco, por fin, había muerto.

El deceso pilla a Berlanga recién retornado a la realidad española. No hablemos de exilio, que no conviene banalizar el término, pero sí de fuga inevitable tras ver cómo los mecanismos de control cinematográfico se le habían vuelto un tanto hostiles tras el escándalo que había supuesto la proyección de *El verdugo* en el Festival de Venecia de 1963. Lo suficientemente sonado como para que a partir de entonces solo consigamos localizarlo en una

única ocasión —y siete años más tarde— filmando en España y con capital nacional *¡Vivan los novios!* (1970). Pero por lo demás, el resto de su recorrido en este período se saldará con una cinta deslocalizada filmada en la lejana Argentina, *La boutique* (1967), y una tragicomedia con muñeca hinchable puramente francesa, *Tamaño natural* (1974). Todo ello por no hablar del rosario de ideas, guiones y bocetos nunca realizados por culpa en su mayor parte de la censura, en la restante por la legendaria pereza del realizador.

Uno de ellos fue *El desguace*, esperpento negrísimo pensado y escrito no con Azcona, sino con Perico Beltrán, cuyo título se refiere al efectuado sobre una marquesa mantenida viva artificialmente a la que rodea una bandada de familiares que, a modo de cuervos, sobrevuelan a su alrededor esperando una muerte con muy rentable herencia. Pero el productor Alfredo Matas rechazará el proyecto, asustado ante su nulo potencial comercial y, sobre todo, ante la posibilidad de que pudiera suponer un auténtico suicidio en plena agonía de Franco, con el país afrontando un difuso horizonte político todavía por desbrozar. Berlanga contraatacará presentándole tres o cuatro meses más tarde un primer esbozo de un guion perfilado junto a Azcona que todavía debaten si titular *La cacería* o *La rentabilidad de la perdiz*.

Era *La escopeta nacional*, claro, un texto que no nacía *ex novo*: Perico Beltrán recordaba que una de las tramas de *El desguace* contaba cómo la familia aprovechaba la caterva de ilustres visitantes a la desahuciada para «invitar a cenar al ministro y convencerle de la utilidad pública de una patente de cinturones de seguridad para coches». ² Si quieren despejar la ecuación, cambien los cinturones por porteros electrónicos y añadan al cóctel una de las más memo-

2 Carlos F. Heredero: *Pedro Beltrán, la humanidad del esperpento*. Murcia: Consejería de Cultura, Educación y Turismo / Editora Regional de Murcia, 2008, págs. 93-94.